



***El juego del otro.***

**Paul Auster, Enrique Vila-Matas, Jean Echenoz, Barry Gifford, Paul Klee, Sophie Calle.**

**Errata Naturae. Madrid, 2010.  
224 páginas – 20,90 €.**

Pocos libros atraen mi mirada como los de Errata Naturae y pocos están editados con tanto mimo. Las ilustraciones de David Sánchez destacan en las mesas de novedades con sus insólitos personajes, una *ugly family* que estaría muy a gusto zampando *donuts* en el aserradero de Twin Peaks. El escritor enmascarado de *El juego del otro* es el nuevo miembro de esta familia de inadaptados. Pero no sólo hay mimo en la cubierta de Errata Naturae. Hay dedicación y creatividad en la propuesta temática, en la selección de autores, en las precisas notas de los editores e incluso en ese colofón dedicado a Ferdinand Waldo Demara, el *emperador de los impostores*. Otra muestra de su cuidado por el detalle es el hecho de que en las breves biografías de los autores se subraya aquello que tiene que ver con el tema de este libro: la identidad y la impostura. Errata Naturae dice que juega en la liga de los *worst sellers* pero es que la calidad y el éxito de ventas no suelen formar una buena pareja de baile. Los pisotones que se dan son bien conocidos. Pero quizás lo que impulsa a fundar un proyecto como éste, aparte del placer de lo bien hecho y el orgullo de presentar un catálogo sobresaliente, heterogéneo y transversal (que incluye a nombres como Genet o Kafka), es aquello que impulsaba al mencionado impostor Demara, «una pura y exuberante picardía», la travesura de colarse con agilidad y desenfado entre las piernas de editoriales mastodónticas.

*Porque ella no lo pidió* (o sí lo hizo, qué sabe nadie cuando se trata de algo escrito por este hombre) se coló Vila-Matas en medio del embrollo mismo, el originado por aquello que Sophie Calle sí había pedido a Paul Auster. Lo contaba el propio Vila-Matas en *Exploradores del abismo* y lo leemos ahora en el *El juego del otro*. Sophie Calle le pide a Auster que escriba una historia que ella vivirá en la realidad. El texto de Calle no disimula su decepción por las instrucciones que le da un acobardado Auster: sonreír, hablar con desconocidos, distribuir bocadillos a los vagabundos y adoptar un lugar público para limpiarlo, adornarlo y cuidar de él como si fuera propio. Acostumbrada a vivir experiencias e imposturas más estimulantes Sophie Calle se pregunta si Auster escribió su encargo inspirado por un programa de rehabilitación de Alcohólicos Anónimos o en las condenas de trabajos en beneficio de la comunidad. Menos se habría aburrido Sophie Calle haciéndole el encargo a Vila-Matas porque, siguiendo sus instrucciones, hubiese llegado a una casa frecuentada por el fantasma de Rita Malú, su imitadora.

Mejor que repartiendo bocadillos y limpiando una cabina telefónica lo pasan Vila-Matas y Echenoz en su sosegada conversación. Su diálogo, no podía ser de otro modo, habla de umbrales, sueños, apropiaciones de otras voces y termina organizando un nuevo fingimiento, la presentación de un libro que no existe. La idea surge en principio como excusa para citarse pero termina siendo una crítica de la puesta en escena que suponen las presentaciones, las firmas de ejemplares, las entrevistas y todo lo que rodea a la necesidad comercial de darle una existencia pública y social al libro. Según Echenoz, un libro no se concibe para después hablar de él, sino más bien todo lo contrario, «para no tener que hablar, sobre todo para no tener que hablar».

Quizá por ello, como sugiere Vila-Matas, es más seductor presentar, o reseñar como hizo Borges, libros que no existen y que, precisamente por ello, por su no existencia, por liberar de toda atadura referencial al comentario posterior, pueden generar un lugar más propicio a los hallazgos, esa verdad que, como dice Joël Mestre, *nace del engaño*. No es infrecuente en las artes encontrar estas construcciones alrededor de un hecho fingido: célebres son el museo ficticio que Marcel Broodthares inauguró en 1968 en Bélgica o los edificios medievales imaginarios que Satie intentaba vender a través de anuncios en la prensa. Y un último ejemplo es el diario de Macke inventado por Gifford, texto que también forma parte de *El juego del otro*.

A propósito de su famoso maletín de reproducciones, Walter Arensberg escribió a Duchamp: «Has inventado un nuevo tipo de autobiografía. La autobiografía transformada en una representación de marionetas. Te has convertido en el titiritero de tu pasado». En *El juego del otro*, Errata Naturae ha reunido una magnífica compañía de titiriteros.

**F. Sanfélix**